

palda, y le encerró estrechamente en su aposento. El joven confesor nada perdió de su firmeza, y halló medio de evadirse otra vez. Teodoro, que cuenta esta historia, dice que las puertas del cuarto donde le habían encerrado, se abrieron por sí mismas á tiempo que estaba orando, y que volvió á buscar á la diaconisa, la cual le vistió de muger, le llevó en su litera, y le presentó de nuevo á San Melecio. Púsose en camino la noche siguiente con San Cirilo de Jerusalén, que estaba en Antioquía y que por él apresuró su marcha. El joven cristiano convirtió al sacrificador su padre, después de la muerte del emperador Juliano. El historiador asegura haber sabido todo esto del hijo mismo que se lo refirió siendo ya viejo (1). Mas satisfecho quedó el emperador de las ciudades cercanas que de Antioquía. Muchas á la primera orden restablecieron los templos, demolieron los sepulcros de los santos mártires, é hicieron toda especie de injurias á los fieles. Odiaban los gentiles al obispo de Aretusa, por haber procedido vigorosamente contra ellos en el último reinado. Llamábase Marcos, y había pertenecido al partido arriano ó semiarriano; pero las alabanzas con que le elogia San Gregorio Nacianceno (2), que podía conocerle bien, no nos dejan dudar que se convirtió á la comunión de la Iglesia. Prendieronle tumultuosamente, y le arrastraron en las calles por los cabellos, sin mas respeto á sus canas que á su mérito: los azotes fueron tan crueles que la sangre corria de su cuerpo con abundancia. Tiráronlo después en una cloaca, de la cual fué sacado poco después para ejercer con él otra especie de crueldad mas inicua: pues le entregaron á la petulancia de una multitud de mucha-

(1) Theodor. lib. 3, hist. cap. 14.

(2) Greg. Naz. Orat. 3, pag. 90.

chos, escitándolos á cortarle y sajarle todos los miembros con sus instrumentos de escribir. Comprimiéronle las piernas hasta los huesos con cuerdas delgadas, y con un hilo le cortaron las orejas: después de lo cual le untaron con miel, y en un tejido de mimbres abierto por todas partes y colgado al aire fué espuesto al sol para atraer sobre sí enjambres de moscas. Con su invencible paciencia confundió este valeroso viejo á sus perseguidores: de modo que, al fin, avergonzados de su furor, le dejaron libre, y muchos de ellos quisieron ser instruidos por él mismo en la verdadera Religión.

La impiedad de los infieles de Sebaste en Palestina llegó hasta el punto de violar el sepulcro de San Juan Bautista, que era muy venerado. Sacaron los huesos y los quemaron, después de mezclarlos con otros de diversos animales á fin de que los fieles no recogiesen las cenizas para continuar en la veneración de estas insignes reliquias. No obstante, se salvó una parte; pues unos monges que de Jerusalem habían ido allí á hacer oración, se mezclaron con los que las quemaban, y quitaron algunas que llevaron como un rico presente á su monasterio. Desde él las trasladaron secretamente á Alejandria, donde las ocultaron dentro de una pared esperando tiempos mas propicios para restituirlas á su veneración, lo cual se verificó en el imperio de Teodosio.

En la ciudad de Paneades, llamada por otro nombre Cesarea de Filipos, se veía una estatua de Jesucristo que le había erigido aquella muger que el Evangelio refiere haber sido curada de un flujo de sangre. La figura de esta muger estaba arrodillada, alzaba las manos hácia un hombre que estaba en pie cubierto de un gran manto y estendiendo los brazos á la enferma con la mayor dulzura. Estas dos estatuas de bronce estaban colocadas cabe una fuente delante de la casa que había sido de esta muger agradecida

Juliano mandó demoler este piadoso monumento, y en su lugar puso su estatua; pero cayó encima un rayo sin arruinarla enteramente, de modo que quedó mutilada y negra, como para perpetuar la memoria de esta humillación. Todavía se conservaba sesenta años después, en tiempo del historiador Sozomeno (1). En la misma provincia había dos ciudades de costumbres tan diversas como contiguas estaban una á otra. En otro tiempo no habían sido mas que una; y Mayuma, la mas pequeña de las dos, fué al principio el arsenal de Gaza. Constantino la había dado después el título de ciudad con el nombre de Constancia; en recompensa de su especialísima adhesión al cristianismo, sin querer que dependiese ya de Gaza idólatra. Luego que Juliano comenzó á reinar, procuraron los habitantes de Gaza recobrar sus derechos sobre Mayuma, y con efecto los recuperaron luego que lo pidieron. Aún se acordaban con despecho de la afrenta que San Hilarion hizo á su dios Marnas, y de las conversiones obradas por los milagros de este ilustre solitario. Pidieron y consiguieron que se destruyese su monasterio, y que se condenase á muerte al mismo Santo con su discípulo Hesiquio. Se les buscó por todas partes; mas la Providencia cubriéndolos con sus alas, hizo que solo sirviese la persecucion para santificar mayor número de lugares por donde el Santo, huyendo de ciudad en ciudad, ó de provincia en provincia, según previene el Evangelio, iba dando á todos ejemplo con su prodigiosa virtud.

Zenon, que se cree haber sido obispo de Mayuma, fué muerto de la manera mas horrible con sus dos hermanos Eusebio y Nectablo, á quienes no se acusaba de otra cosa que del horror que tenían á la idolatría. Estaban ocultos en su casa, donde los apresaron y azotaron

(1) Sozom. p. 629.

cruelmente. Después de esto, hallándose el pueblo en el teatro, clamó uno diciendo que aquellos sacrilegos galileos habían abusado de la credulidad de los últimos emperadores para acabar con la religion del imperio. Al punto se tumultúan todos, corren á la cárcel, sacan á los tres hermanos arrastrándolos por las calles, ya de un lado, ya de otro, causando con estas alternativas un dolor siempre nuevo, golpeándolos también contra el pavimento, é hiriéndolos con piedras, con palos y con cuanto tenían á la mano. Las mugeres, dejando su labor, metian en estas víctimas, que todavía palpitan, sus agujas y sus husos. Los menestrales y criados los cortaban con sus instrumentos ó cuchillos. Los cocineros y cocineras los seguían con sus calderos, vertian sobre ellos el agua hirviendo y los traspasaban con asadores. Después de haberlos hecho pedazos y estrellado la cabeza de tal modo que los sesos estaban esparcidos por el suelo, fueron arrastrados fuera de la ciudad al sitio donde se arrojaban las bestias muertas.

Allí encendieron una grande hoguera; quemaron los cuerpos en cuanto lo permitió este furor precipitado, y mezclaron los huesos que restaban con los de diversos animales para que no fuesen conocidos. Indignaron estas barbaridades al gobernador de la ciudad, aunque pagano, é hizo algunas diligencias para castigar á sus autores; mas el emperador lo llevó tan á mal, que le desterró. ¿Es acaso un negocio de tanta importancia, dijo contra los principios de humanidad de que hacía alarde; es acaso un asunto de tanta importancia el que un helenista mate á diez galileos (1)?

Mas donde los idólatras abusaron principalmente del favor que les concedia su soberano contra los adoradores del verdadero Dios, fué en Heliópolis, ciudad de Feni-

(1) Greg. Naz. Orat. 3, pag. 91.

cia, cerca del monte Líbano. Principiaron por sacrificar á su resentimiento al diácono Cirilo, que en tiempo de Constantino habia derribado muchos ídolos. No satisfechos con haberle quitado la vida, le abrieron el vientre, y le comieron el hígado; pero todos estos mónstruos experimentaron la venganza divina, cayéndoseles todos los dientes, pudriéndoseles las lenguas, y quedando al propio tiempo ciegos. El pueblo de Heliópolis estaba tan entregado desde la mas remota antigüedad al culto de Venus, que las mugeres tenían á gran honor imitar á esta impúdica diosa. El reinado del piadoso Constantino no habia hecho mas que suspender el mal; pero en tiempo de Juliano volvió á su desórden con tanto mayor esceso, cuanto mas contenido habia estado con la violencia. Estos afeminados y obscenos asiáticos concibieron un despecho particular contra las vírgenes cristianas, que les eran tan odiosas como diferentes eran de sus hijas y de sus mugeres, que ellos prostituían por causa de religion. Estas vírgenes tímidas, cuyo pudor se ofenderia de presentarse con el rostro descubierto, padecieron la afrenta de verse desnudas y espuestas á los insultos públicos; y despues, añadiendo á la infamia la barbaridad mas cruel, las abrieron el vientre, echando en él cebada para los puercos, los cuales las comian al mismo tiempo sus entrañas. Este horrible refinamiento de inhumanidad tenia un atractivo especial para las almas atroces de esta provincia impúdica, y cundió de ciudad en ciudad, y aun se ejerció en Gaza y en Ascalon con los sacerdotes lo mismo que con las vírgenes. Dice S. Gregorio Nacianzeno (1) que las cosas llegaron á tal extremo que serian increíbles si no hubiera una multitud de testigos de vista. Todo lo disimulaba el emperador, y en vez de temer

(1) Gregor. Nacian. Orat. 3, pág. 91.

su justicia, se contaba por lo menos con su tácita aprobacion.

Estendiéronse de Oriente á Occidente hasta las provincias mas lejanas las mas monstruosas vejaciones. Fué apaleado en la Galia un soldado llamado Victricio, solo por causa de la fé; despues rasgado todo su cuerpo con agudos cascós de tejas, y por último condenado á ser degollado. El verdugo perdió de repente la vista cuando le conducia al suplicio; en seguida se cayeron por sí mismas las cadenas del confesor, y no osando nadie ponérselas de nuevo, corrieron á dar cuenta al juez, el cual se convirtió, y dejó libre al que iba preso. Fué despues obispo de Ruan, y trabajó con muy buen resultado en la propagacion de la fé por todas las costas de la Bélgica.

Tambien tuvo Roma sus mártires hasta en las primeras clases de la sociedad. Los mas célebres son los dos hermanos Juan y Pablo, cuyos nombres merecieron ser puestos en el cánon de la misa, Juan y Genaro, sacerdotes, y la virgen Bibiana con su madre Dafrosa, su padre Flaviano, que dicen haber sido prefecto, y Gordiano, vicario del prefecto.

A consecuencia de las quejas de los idólatras de Alejandria, mandó Juliano se presentase en Antioquia Artemio, duque ó gobernador de Egipto, á quien odiaban por haber destruido los ídolos en tiempo de Constantino. La profunda aversion que tenia á la idolatría fué para ellos un crimen irremisible, y asi le condenaron á ser degollado. Hónrale la Iglesia entre sus mártires el día veinte de octubre. Cuando los paganos de Egipto supieron su muerte, y el castigo de un hombre de esta clase que les sacrificaban, les inspiró esto tal audacia que parecian haber perdido la razon y tambien los sentimientos y la humanidad, pues se abandonaron á los mayores escesos contra todo lo que era ó parecia ser cristiano.

El falso patriarca Jorge, tan odiado de los cristianos como de los gentiles, fué la primera victima de este furor. Su avaricia sin limites le habia hecho cometer las mayores exacciones; para cobrarlas se asociaba con los tratantes mas execrables, y era mas fecundo que ninguno de ellos en invenciones y astucias para sacar el jugo de los pueblos. Prestando que el emperador tenia los derechos de Alejandro el Grande sobre las casas de Alejandria, alzadas todas por este antiguo conquistador á quien pertenecian en propiedad, hacia Jorge pagar á los ciudadanos un alquiler muy costoso, del cual se quedaba con una parte muy considerable. Acabó de enfurecer á este pueblo un rasgo de celo singular en sí, y mas sorprendente aún en tal pastor. En un lugar muy oculto de la ciudad, se habia descubierto una cueva llena de cabezas de muertos, mugeres y niños, sacrificados en otro tiempo al dios Mitras. Este falso patriarca las espuso en las plazas públicas para poner de manifiesto las abominaciones del paganismo y hacerlas aborrecibles (1).

Los paganos, no pudiendo sufrir esta afrenta, se armaron de todo lo que pudieron hallar á la mano, y acometieron á los trabajadores que aún profundizaban en la cueva. Hirieron y mataron á muchos, y pronto dejaron todos el trabajo. Corrió la multitud desde allí á la iglesia en donde estaba Jorge, y le sacaron violentamente. Parecia que iban á asesinarle en aquel momento, pero se contentaron con encarcelarle. Corrieron luego á la cárcel, y separándole las piernas con garfios, le ponen sobre un camello, le pasean todo el día por la ciudad colmándole de denuestos y de golpes, y al fin le tiraron con el camello en una grande hoguera. Duró el desórden muchos días sin que el magistrado tratase de

(1) Sozom. lib. 5 hist., cap. 7.

contenerle. Mataron los sediciosos una infinidad de fieles; á unos con la espada y á la mayor parte con piedras y palos. Ahogaron á muchos con sus propias manos, y crucificaron á otros, mas por odio á la cruz que por crueldad.

Introdujose en una multitud de familias el tumulto y la sedicion, armándose hermanos contra hermanos, y aun hijos contra padres; porque la rabia y el fanatismo habian acabado con los lazos mas tiernos y mas sagrados; y en fin, las cosas llegaron á tal punto, que el emperador se irritó ó fingió irritarse; mas todos sabian su carácter, y todos los perseguidores subalternos estaban bien ciertos de que, aunque se escediesen en sus órdenes, nada habia que temer. El príncipe, cuando llegaba al trono alguna queja de los cristianos, respondia con cruel é impía ironía que la herencia de estos era morir, y que esto era lo que su Dios mas les recomendaba.

Por un efecto de su misma impiedad, manifestó singularísimo placer en que se observase puntualmente el edicto que habia publicado para alistar en la milicia á los clérigos y á los monges. Habiendo alistado con violencia á un discípulo de San Apolonia, retirado cuarenta años hacia en el desierto de la Tebaida, acudió el caritativo maestro con otros muchos de sus discípulos á la cárcel en donde estaba para consolar á aquel hermano. El centurion de la guardia entró cuando estaban todos juntos, y enojado al ver su serenidad, los detuvo prisioneros con el intento de alistarlos á todos; mas á mitad de la noche se apareció súbitamente un ángel cercado de resplandor y abrió las puertas de la cárcel. Hubo al propio tiempo por toda la ciudad un horrible terremoto y demolió la casa del centurion, pereciendo bajo de sus ruinas los criados que mas estimaba (1). Ya no era

(1) Pallad. hist. Laus., cap. 62.

tiempo de que reinase aquella ciega idolatría, confundida de muchas maneras desde el origen del cristianismo, para que se sujetaran los romanos á los caprichos de un príncipe que inútilmente se esforzaba por detenerla en la pendiente de su ruina. Echáronse al momento los guardias y los carceleros á los pies de los santos solitarios, pidiéndoles que se retirasen, y protestándoles que más querían morir por ellos que resistir al poder del cielo. El mismo centurion corrió muy temprano con las personas más distinguidas y acabó de vencer la caridad de los piadosos prisioneros, mucho menos inquietos por su propia vida que por la de los guardias á quienes arriesgaban con su evasión: por fin, se retiraron cantando las alabanzas divinas, y se restituyeron de esta manera á sus soledades. Vivió todavía mucho tiempo San Apolonio, célebre por otros muchos milagros, edificando con los quinientos discípulos que tenía á todo el país de Hermópolis donde moraba.

Fingió no obstante enfurecerse el emperador contra la bárbara comoción de Alejandria; mas se dejó con facilidad aplacar por el conde Julian su tío, que era protector del Egipto, donde había sido prefecto; y se contentó con publicar una viva declamación en forma de epístola contra los excesos, de los cuales este escrito es una prueba auténtica. Aunque no respetáseis al inmortal Alejandro vuestro fundador, dice á los culpables (1), ni al gran dios Sérapis, ¿cómo no respetásteis las obligaciones de la humanidad? ¿No debíais á lo menos avergonzaros de cometer los mismos excesos de que acusábais á vuestros adversarios? Cuenta con este motivo la causa de las quejas que tenían contra Jorge, y añade: «diréis que este malvado merecía el tratamien-

(1) Jul. Epist. 10.

to que sufrió; convengo en ello, y acaso le merecía más riguroso; mas no debíais ser vosotros los egecutores. ¡Qué infamia! atreverse los ciudadanos á despedazar á un hombre, como lo harían los perros hambrientos ó las bestias más feroces! A lo último de esta epístola ordena recoger los libros de Jorge y que le lleven á Antioquia la rica biblioteca de este indigno obispo, que casi sin tintura alguna de ciencias tenía como otros muchos ignorantes la manía de acumular libros.

Después de muerto este intruso, volvió sin obstáculo alguno á Alejandria San Atanasio, cerca de siete años después de haberse visto obligado á ocultarse con tanto cuidado. Este regreso fué un nuevo triunfo. Salíó el pueblo al encuentro hasta una jornada de camino, y en número tan grande que parecía haberse reunido todo el Egipto. Subíanse sobre los tejados ó sobre los árboles para verle: otros se tenían por satisfechos sólo con oír el sonido de su voz, y creían obtener los favores del cielo tocando su ropal ó poniéndose bajo de su sombra. Estaban ordenados por compañías los habitantes de la capital, como en las mayores solemnidades, según la edad, el sexo y la profesión de cada uno. Las diversas naciones que acudían en gran número á esta rica ciudad, centro de todo el comercio de Oriente, hacían resonar cada cual en su lengua los mismos cánticos de regocijo y alabanza. Se iluminaron las calles, y se quemaban con mucha abundancia los más fragantes perfumes. Hubo banquetes públicos, pasando noches enteras en regocijos igualmente vivos y sencillos. Sólo la facción del malhadado Jorge era realmente odiosa á los alejandrinos: se dejó tan generalmente á los ortodoxos entrar en las iglesias, que los arrianos se vieron reducidos á tener sus juntas en secreto en algunas casas retiradas y lejanas.

Cuando san Eusebio de Vercelis y Lucifero de Cagliari regresaban de la Tebaida, á donde fueron desterrados por el emperador Constanzo, Eusebio, siempre atento al bien de la Religión, propuso á Lucifero ir á visitar á San Atanasio, para tratar con él de la conservación y progresos de la fé, cuyas columnas principales eran reputados entonces estos tres obispos, célebres cada uno por su estilo. Creyó Lucifero que era más necesaria su presencia en Antioquia, y dejó dos de sus diáconos para intervenir en su nombre y con Eusebio en lo que se acordase en Alejandria.

Atanasio reunió un Concilio que no fué numeroso, pero compuesto todo de confesores. Acordáronse prudentes medidas para remediar los males causados por las últimas disensiones, y mucho más por el gobierno de los arrianos. Empero nada pareció más importante que el arreglar el modo de reconciliar á los obispos que habían tenido la flaqueza de suscribir al Concilio de Rimini. Eran arrianos, por decirlo así, sin saberlo ellos: porque los sectarios daban un sentido herético á los términos que estos prelados habían adoptado en un sentido enteramente diverso. Protestaban por cuanto hay más sagrado, que de ningún modo habían previsto el uso que se había de hacer de su fatal condescendencia. Deramando lágrimas decían: «nosotros creíamos de buena fé que el sentido correspondía á los términos. Tratando con hombres que siempre tenían en la boca el amor de la paz y de la verdad, no imaginábamos que escondiesen en su interior otra cosa que lo que enunciaban sus lábios. Nos engañó la buena opinión que teníamos de los malos, y nuestra caridad demasiado reservada en censurar á los sacerdotes del Señor ha sido el único principio de nuestra culpa (1).»

(1) Athan. Epist. ad Antioch.

Añadían, que si á lo último cayeron algún tanto de su primer firmeza, había sido solo por temor de que colocasen en sus sillas á hereges intrusos que inficionasen sus ovejas.

Usó de indulgencia el Concilio de Alejandria, no fuera que una severidad intempestiva causase á la fé más daño que provecho. Así pues, decretaron que los que habían sido arrastrados por una especie de violencia ó sorpresa, no solo obtendrían el perdón, sino que conservarían su dignidad en el clero, con tal que condenaran el error y renunciaran á la comunión de los hereges. «No porque se creyese, dice San Gerónimo, que los que habían profesado la heregia pudiesen ser conservados legítimamente en las funciones episcopales, sino porque era cierto que los que en ellas se conservaban nunca habían sido hereges (1).» Estas palabras esplican perfectamente el célebre pasaje en que el mismo San Gerónimo dice como orador que, después de la sorpresa de Rimini, todo el mundo quedó pasmado de verse arriano. Respecto á los gefes del partido, los perdona el Concilio bajo las mismas condiciones, mas sin conservarlos en su rango clerical. Sabia San Atanasio, según nos dice en sus Epístolas (2), que lo mismo se había resuelto ya en la mayor parte de las provincias, particularmente en Grecia, en España (a), y en las Galias, y que la Iglesia romana aprobaba esta conducta. El Papa Liberio (3), escribiendo á los obispos de Italia, mandó que

(1) Hieron. in Lucif. cap. 7.

(2) Athan. Epist. ad Rufin.

(a) Los prelados españoles, cuya mayoría se mostró siempre adicta á la moderación y espíritu pacífico del Evangelio, así como á la pureza y santidad de la fé, admitieron á su comunión á aquellos de sus compañeros, que engañados en Rimini por la simulada piedad y ortodoxia de los semiarrianos, firmaron la fórmula de fé, origen de tantos males, cuando restituidos después á sus sillas, y conociendo el error, lo abjuraron, y se adhirió con más tesón que antes al símbolo de Nicea. (N. del E.)

(3) Liber. Epist. 11. in fragm. III.